

TE QUEDARÁS SIN AMIGOS, GRASA MIRELES



Escrito por Paulino Ordóñez
e ilustrado por Elvia Montemayor

**TE QUEDARÁS SIN AMIGOS,
GRASA MIRELES**



TE QUEDARÁS SIN AMIGOS, GRASA MIRELES

Paulino Ordóñez
Ilustrado por Elvia Montemayor



Te quedarás sin amigos, Grasa Mireles / Paulino Ordóñez ; ilus. de Elvia Montemayor

1a ed. - Monterrey, Nuevo León, México: Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Nuevo León, 2025.

32 páginas ; ilus ; 16 x 23 cm (Libros de la Anacahuita).

ISBN: 978-607-9000-21-9

1. Literatura infantil y juvenil – México
2. Acoso escolar – Literatura infantil
3. Tolerancia - Literatura infantil

LCC: PZ73 .O76 2025

Dewey: 863.7

**INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL
Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA
DE NUEVO LEÓN**

Consejera Presidenta

Dra. Beatriz Adriana Camacho Carrasco

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtro. Carlos Alberto Piña Loredó

Mtra. Martha Magdalena Martínez Garza

Lic. María Guadalupe Téllez Pérez

Mtra. Alejandra Esquivel Quintero

Mtro. Michael Alberto Banda Espinosa

Mtro. Diego Aarón Gómez Herrera

Secretario Ejecutivo

Mtro. Martín González Muñoz

**TE QUEDARÁS SIN AMIGOS,
GRASA MIRELES**

D.R. © Instituto Estatal Electoral
y de Participación Ciudadana de Nuevo León
5 de Mayo 975, oriente, Col. Centro,
C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México
81 1233 1515

D.R. © Autor: Paulino Ordóñez

D.R. © Ilustradora: Elvia Montemayor

ISBN: 978-607-9000-21-9

ISBN versión electrónica: 978-607-9000-22-6

Editado e impreso en México, 2025

Ejemplar de distribución gratuita,
prohibida su venta.

El gran día se acercaba. Algo nuevo estaba a punto de suceder: un viernes cualquiera sería ahora un día de campo, el primero al que irían los niños de cuarto de primaria. Estaban emocionados porque iban a cambiar el pizarrón por el pasto recién cortado, de ese que pica cuando uno se acuesta sobre él. Eso era lo único en lo que pensaba Alex Morales un día antes de subir al camión amarillo que lo llevaría hasta aquella aventura de sol. En ese momento él aún creía que se subiría a ese camión. Se imaginaba a sí mismo corriendo libremente por un parque inmenso cuando la inconfundible voz de *Miss Perfecta* lo regresó a su salón.

—¡Alejandro Morales!

Era la más joven de las maestras. Lo que tenía de bonita lo tenía de estricta, por eso a escondidas los alumnos le llamaban *Miss Perfecta*. Ahora, con la perfección de su mano, entregaba a Alex su boleta de calificaciones que, como siempre, seguramente sería perfecta también.

Alex dio un vistazo rápido a su boleta solo para comprobar el resultado de tantas horas de estudio. «Bien, muy bien, ajá»,

se decía con cada calificación. «Muy bien, *okay*, ¡chin, un ocho!»; pero al llegar a Civismo su mundo se vino abajo. De aquí en adelante, nada sería igual. Un cinco en tinta roja, el color del mismísimo infierno, manchaba su vida para siempre. Luego vino lo peor. Cuando cada niño tuvo su boleta, *Miss Perfecta* alzó la voz y dijo:

—Quienes hayan obtenido al menos una materia reprobada pueden olvidarse del día de campo. Mientras nosotros disfrutamos, ustedes estarán todo el día en el salón de apoyo, repasando sus apuntes. Lo siento mucho, eso pasa por no estudiar.

«No puedo llorar, ya soy niño grande», se repetía Alex, pero una lágrima escapó y mientras la secaba, pudo escuchar una risa burlona que venía desde el fondo del salón: Grasa Mireles lo señalaba con una mano y, con la otra, se agarraba la panza que subía y bajaba al ritmo de sus carcajadas.

Fue él quien lo recibió al entrar al salón de apoyo aquel viernes.

—Bienvenido al reclusorio, nene.

Pasar un día entero con Grasa Mireles sería una pesadilla. Los niños le tenían miedo, a las niñas les daba asco. No se bañaba. Mal aliento, malas palabras y mala educación. Se decía que en un nudillo tenía enterrada parte de un diente que le rompió a un niño de quinto año. Era «lo peorcito», como acostumbraba a decir la Sra. Morales, mamá de Alex.

—A ver chavos, ofrézcanle algo de la alacena a nuestro invitado —dijo Grasa a un par de niños igualmente sucios.

La alacena era una esquina del clóset donde se encontraban un par de chicles masticados, latas de refresco y uno que otro cigarro casi terminado.

E F G H I J K L M





—Gracias, Grasa —dijo tímidamente Alex—. Acabo de de-sayunar.

—El nene come sanamente...

—¿Nunca hay maestros aquí? —preguntó el recién llegado.

—A todos los que han venido, los he corrido. El que siempre está soy yo, y eso es lo que importa. Dos o tres materias reprobadas cada mes y un historial de cincos en conducta me respaldan.

Alex tomó asiento sin decir más y de su mochila sacó su libreta de Civismo. Por unos momentos se esforzó en leer sus apuntes, sin poderse concentrar debido a los eructos de Grasa, quien de pronto le preguntó:

—Tenías muchas ganas de ir a ese día de campo, ¿verdad?

—Más o menos —disimuló Alex.

—¿Por qué no nos vamos a un pícnic particular?

—¿Cómo dices? —Alex Morales no quería recibir invitaciones del temible Grasa Mireles.

—Sí, nene, vamos a la calle a que nos dé un poco de aire. Creo que lo necesito —dijo Grasa al mismo tiempo que se olió una axila.

—Pero está prohibidísimo salir de la escuela...

—Mira, me la vivo en este salón; es mi segunda casa y debes seguir sus reglas, las cuales son: hacerme caso, seguir mis órdenes y obedecerme. ¿Se me olvida alguna otra? —gritó Grasa a un niño que estaba en un rincón.

El niño se levantó y contestó:

—Las ha mencionado todas, estimado señor Mireles.

—Ya escuchaste —continuó hablándole a Alex—. Tú y yo tendremos un bonito día de campo. Bueno, de cemento. Ven acá.

Grasa caminó hacia una ventana, la abrió y trepó.



—¡Adiós, escuela cruel! —dijo al aventarse por ella.

Alex pensó que este era un momento clave. Debía tomar una decisión: su Decisión Importante del Día, Número 1. «¿Y si *Miss Perfecta* se da cuenta?», se preguntó. «Ya reprobé Civismo, ahora no quiero tener un cinco en conducta; pero tampoco quiero tener problemas con este pandillero...».

Del otro lado de la ventana, se escuchó la voz de Grasa:

—¡Está bien chido el día!

Alex se acercó a la ventana y respiró profundamente. Con dificultad la alcanzó. Sabía que se metería en problemas, pero brincó.

«Esto no me va a llevar a nada bueno», se dijo mientras caminaba detrás de Grasa después de haber saltado también la malla que rodeaba al plantel. «Tal vez estoy iniciando una nueva vida. Mi nueva vida como niño que saca cincos. Mi nueva vida como... ¿niño malo?».

—¿A dónde vamos? —preguntó Alex.

—En los pícnicos siempre hay comida, ¿no? Pos en nuestro día de cemento también. Vamos con un amigo que me debe unos dolaritos y me los voy a cobrar a lo chino...

«Creo que este gordito ve muchas películas», pensó Alex.

Al entrar a la tienda de don Teofilito se hizo un silencio. Un grupo de niños que disfrutaba su propio día de cemento, tomando refrescos, prefirió salir de la tienda al ver a Grasa.

—¡Buenos días, don Ruquito! ¿Cómo amaneció mi momia favorita?

—Tenía que ser usted otra vez... —dijo don Teofilito poniendo cara de haber recibido una mala noticia—. ¿Ahora qué quiere? Si no viene a pagarme, mejor váyase.

—Traqui, tranqui... Mire, aquí mi amigo viene por unas cosas porque hoy le tocó estudiar en la escuela de la calle y yo soy su maestro.

Grasa comenzó a tomar algunos productos, entregándose los luego a Alex.

—Necesitamos la energía del chocolate, el crujido de galletas, lo pegajoso de unos buenos chicles...

—Pero no traigo dinero, Grasa...

—Pérate, párate. No pasa nada —aseguró, continuando con su labor—. Necesitamos la suavidad de unos pastelillos, el humo del cigarro... Y ahora... ¡necesitamos correr!

Decisión Importante del Día, Número 2: «¿corro o no corro?», pensó Alex mientras le temblaban las piernas. «¡Esto es robo! ¡Pueden llevarme a la cárcel!».

—¡Muchachos sinvergüenzas! ¡Ya verán! —gritó don Teofilito.

«Yo no soy el que quiere robar, pero soy el que trae el botín. ¿Qué puedo hacer?», dudó Alex.

—¿Qué esperas, nene? ¡Rápido, que te alcanza el ruco!

Alex corrió con todas sus fuerzas. Grasa soltó su característica risa.

«Lo que me faltaba, ¡ahora soy su cómplice!», pensó Alex.

—¿Viste la cara de don Teófilo? ¡Nos trajimos un chorro de cosas!

Grasa estaba emocionado; tenía su copete pegado a la frente con sudor.

—¿Nos trajimos? ¡Me las traje yo! ¡Y yo no quería!

Alex nunca había estado en una situación similar y ahora estaba enojado.





—¿Por qué lo hiciste? ¡Ya no voy a poder poner un tenis en esa tienda! —gritó Alex con desesperación.

—No te preocupes, chavo. No hicimos nada malo. Don Teófilo vende todo bien caro, ¿no?

—Sí... —respondió Alex.

—Más caro que lo que le cuesta a él, ¿no?

—Sí, también.

—Pos si se queda con dinero de otros, es un ladrón. Y ya sabes lo que dicen: ladrón que roba a ladrón...

—¿Ladrón que roba a ladrón qué? —preguntó Alex.

—Ladrón que roba a otro ladrón es un mejor ladrón.

Caminaron varias calles, cada vez más lejos de la escuela.

—¿Ahora a dónde vamos? No quiero volver a robar...

—Ya supéralo... Vamos a cotorrear con unos carnalitos buena onda que conozco.

Llegaron hasta una casa de aspecto descuidado. Entraron sin tocar y los recibió una montaña de patinetas, una aventada encima de otra.

—¡Ya llegamos, desgraciados! —gritó Grasa.

Varios chavos estaban en la sala jugando videojuegos. Eran mayores. «Si fueran a clases, estarían por terminar la secundaria», pensó Alex. Una nube de humo flotaba sobre ellos.

—¡Qué pasó, gordito! ¿Cómo estás? —dijo uno de cabello largo.

—¿Quién te acompaña? —preguntó otro sin dejar de ver la pantalla.

Los sonidos del monitor se confundían con los de la música a todo volumen.

—Un amigo de mi salón —respondió Grasa Mireles—. Cayó al reclusorio hoy, pero lo liberé. ¿Alguien tiene lumbre?

No le respondieron, pero del suelo tomó una caja de cerillos. Mientras Grasa encendía dos cigarros al mismo tiempo, el del cabello largo volteó hacia Alex:

—No parece que tengas mucho que ver con un grasiento como este. No te juntes tanto con él...

—Corres el riesgo de terminar como nosotros —agregó el otro.

Los demás se echaron a reír.

—Sé de qué me hablan...

—Toma —le dijo Grasa—. Tu cigarro.

Decisión Importante del Día, Número 3: «¡lo sabía, lo sabía!», pensó Alex. «Sabía que este momento iba a llegar. Si mis papás se dan cuenta que fumé, me sacan de la familia Morales; pero si no fumo, estos chavos van a decir que soy un cobarde, un niño chiquito... ¡Un niño chiquito que se porta bien! ¡Pero yo quiero portarme bien!».

—Preferiría no fumar, porque...

—¡A echar humo, nene! —lo interrumpió Grasa—.

Alex tomó el cigarro e imitó a tantos adultos que ha visto fumar.

—¡Cof! ¡Cof! ¡Cof!

«¡Chin! He tomado puras malas decisiones hoy», pensó al toser. «¡Yo debería de estar lejos de aquí, corriendo en el pasto con los demás!».

—¡Oye, mugroso! Si el niño no quiere fumar, que no fume —gritó el que solo tenía ojos para el videojuego.

«¡Al fin! hasta que me topo con alguien civilizado hoy», se dijo Alex.

—La verdad es que nunca he fumado, ni me llama la atención, ni creo que deba hacerlo —señaló.





—No le hagas caso a este gordinflón —el del cabello largo parecía amable también—. A ver, Grasa: trajiste algunas cosas para comer, pero no me quiero ahogar. Qué te parece si nos traes unos refresquitos, ¿eh?

Grasa giró hacia Alex y dijo:

—Nene, mis amigos tienen sed...

—Grasita, no se lo pedí a tu amigo. Te lo dije a ti.

—Este... ¿quieren... refrescos? —Grasa parecía nervioso.

—No te hagas, Grasa —comentó otro de los chavos—. Siempre vas a traernos refrescos. No regreses sin ellos.

—Está bien, está bien... —dijo antes de salir.

Alex se sorprendió al ver al tipo duro del colegio convertido en un cachorrito obediente.

—¡Qué raro! ¡En la escuela Grasa Mireles es sinónimo de problemas y aquí hace lo que ustedes quieren!

—A veces la gente o las cosas no son lo que parecen —afirmó el del cabello largo—. ¿Le tienes miedo?

—Un poquito, porque le gusta pelearse y...

—Nunca le tengas miedo a nadie —lo interrumpió—. Él nos tiene miedo, por eso siempre lo mandamos por lo que se nos antoje. Quiere aprovecharse de los que son más chicos que él, o más flacos, o menos fuertes, y eso me molesta, aunque yo también fui así alguna vez. Es buena onda, pero como te dije, es mejor no juntarse tanto con él.

Grasa regresó y Alex no podía verlo de la misma manera que antes. No volvió a pedirle que fumara, ni se puso necio. Junto con los demás, jugaron videojuegos, tomaron refrescos y rieron con algunas historias donde Grasa quedaba en ridículo, como la vez que se cayó de una patineta y la rompió de un sentón. A él no le molestaba; de hecho, reía a su estilo, a carcajadas.

«Qué chistoso», pensó Alex. «En realidad, no es tan malo. Es muy atrabancado y todo, pero nadie es perfecto, solamente nuestra maestra. Sabiéndolo tratar, sin temor ni nada, puede ser buen amigo».

Salieron de la casa con la intención de estar en la escuela antes que la Sra. Morales, quien siempre llegaba puntual a recoger a su hijo.

—Estuvo padre nuestro día de cemento, ¿no, Grasa? —dijo Alex dando una palmada en la sudada espalda de su nuevo amigo.

—Sí, nene. Te portaste muy bien. Bueno, ¿cómo ves si nos paramos aquí a pedir aventón? Ya me dio flojera caminar...

Decisión Importante del Día, Número 4: «mis papás no se cansan de repetirme que no debo de hacer esto, pero ahorita no me importa. ¿Qué puede pasar de aquí a la escuela?», se preguntó Alex.

Ambos hicieron el símbolo internacional para solicitar un aventón: mano derecha bien estirada, dedo gordo firme como un soldado. Después de unos segundos, se detuvo un auto.

—¿Pero qué hacen aquí?

Miss Perfecta traía puestos lentes oscuros y estaba tan bronceada como si hubiera ido a la playa.

—¡Súbanse, no los vaya a ver la directora!

Una vez dentro del auto, Miss Perfecta, como toda maestra, comenzó a hacer preguntas.

—¿Pero qué ha pasado? ¡Quiero una explicación ya!

—Tranquila, muchacha, tranquila... Estábamos en el reclusorio, ¿verdad? Pos yo ya estoy acostumbrado, pero Alex no. Y se desesperó. Y se escapó. Y salí a buscarlo. Y lo encontré. Y es su culpa. ¿Puedo prender el radio?



—¡No le creo nada, Mireles! Ya tenía pensado hablar con Alejandro antes de que su mamá pasara por él; también le preguntaré sobre esto.

Alex estaba muy molesto, más que cuando vio que había reprobado la materia de Civismo.

«¿Qué le pasa a este?», se preguntó. «¡Hace unos momentos éramos amigos!».

Prefirió reclamarle hasta estar de nuevo en el salón de apoyo, sin ningún maestro cerca. Le costó mucho esperar, pero se aguantó.

—¿Qué fue eso? ¿Yo fui el que quiso escaparse?

Del coraje, el rostro de Alex estaba tan rojo como un chile picosísimo.

—¿Yo fui el que quiso robar a don Teofilito? ¿Yo fui el que quiso fumar?

Los otros niños en el salón se asustaron al ver que alguien se atrevía a hablarle así a Grasa.

Decisión Importante del Día, Número 5: «¿le pego o no le pego? Ahora me van a regañar por su culpa. Si me peleo con él, me pueden regañar más y hasta expulsar; pero las cosas no se pueden quedar así... Y si le pego, ¿me convertiré en alguien como él?».

Alex vio a Grasa fijamente a los ojos. Se imaginaba cómo se verían después de dejárselos morados. En ellos, alcanzó a notar algo que le extrañó muchísimo. Era miedo.

—¡Morales!

Miss Perfecta llegaba de nuevo en el momento menos indicado. ¿O en el mejor momento?

—¡A mi oficina, de inmediato!





Sentado frente al escritorio de su maestra, Alex estaba confundido. Apenas un día atrás, él era de los niños del cuadro de honor. Ahora era de los que son llamados a la oficina por pelearse o casi.

«La vida da un chorro de vueltas», pensó. «Grasa no es lo que yo creía, pero eso no me importa mucho. Lo raro es que ahora yo tampoco soy quien yo creía ser: saco malas calificaciones, ando metido en pleitos... ¿Qué más me falta por descubrir? ¿Por qué de pronto nada es lo que parece?».

—Debo ofrecerte una disculpa, Alex —cuando estaba de buenas y le hablaba de tú, su maestra le parecía aún más hermosa—. Aproveché el día de campo para revisar algunas calificaciones y me di cuenta de que había un error. En Civismo, Mireles sacó cinco y Morales, nueve. Como en mi lista están sus nombres uno seguido de otro, me confundí. Me da muchísima pena haber causado que perdieras tu día de campo.

—¿Se equivocó? He tenido el peor día de mi vida y todo por un error... ¿de usted?

—Lo siento mucho, de verdad.

Por la manera de mirarlo, Alex supo que su maestra estaba siendo sincera. También, que era la más bella de todo el personal docente de todas las instituciones educativas del mundo.

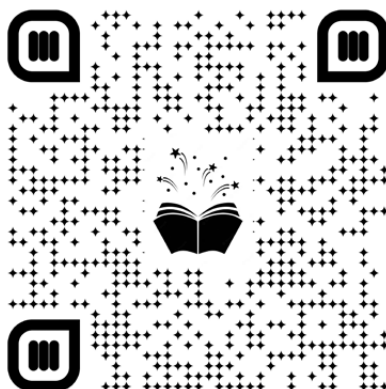
—A veces también me equivoco —dijo ella—. ¡Tengo muchos defectos! Yo quisiera ser como *Miss Claudia*, la de sexto año. Es tan perfecta... ¡Y tiene al esposo ideal!

La maestra dejó escapar un suspiro. Alex Morales la observó y suspiró también. Aunque no podía creer lo que escuchaba, no quiso pensar nada más.

Al salir de la oficina, Alex simplemente se dijo que era cierto: a veces las cosas, y sobre todo las personas, no son lo que

parecen. Y se corrigió: «No es el peor día de mi vida. Ha sido un día excelente: aunque no fui con los demás y me la pasé con el peor compañero del salón, llegó una sorpresa, luego otra, y otra más, y así hasta ahorita. ¿Puede haber mejor forma de vivir un día? No creo. Un día lleno de sorpresas es un día perfecto, aunque lo pases con Grasa Mireles».

Descarga aquí la versión digital
y encuentra otros libros
de la colección:





AUTOR

Paulino Ordóñez

Nació en Monterrey, Nuevo León. Paulino recuerda que en su secundaria había un salón de “castigados” y, en una ocasión, un amigo y él se fueron de pinta. Más o menos por esos años, decidió que escribir sería su forma de expresión. Ha escrito libros de poesía y narrativa, como *¡Otra vez ese tal principito!* (Ediciones Castillo, 2001), *La palabra espuma* (Progreso Editorial, 2008) y *Paulo va la peluquería* (Edelvives, 2019).



ILUSTRADORA

Elvia Montemayor

Vive en Mérida, Yucatán, aunque nació en Monterrey. A Elvia le gusta coser cositas en fieltro, leer y pintar en su cuaderno de bocetos o en libros para colorear. Descubrió que cuando ilustra puede imaginar cómo serían lugares, animales, personas o seres, y construir su propio mundo. A veces recuerda a sus amigas de la primaria y secundaria, y sonríe cuando piensa en las fiestas a las que iban los fines de semana.

TE QUEDARÁS SIN AMIGOS, GRASA MIRELES



INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE NUEVO LEÓN

*Este libro se imprimió y encuadernó
en papel bond de 120 gramos para sus interiores
y couché de 300 gramos para la portada,
en los talleres de El Regidor S. A. de C. V.,
durante el mes de septiembre de 2025.
La tirada constó de 1,000 ejemplares.*

*En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif
en 11.5 puntos para el cuerpo del texto.*



Cuidado de la edición

Cuauhtémoc Iglesias Ontiveros
Director de Capacitación Electoral

Mateo de Jesús Flores Flores
Jefe del Departamento Editorial

Alan Márquez Rodríguez
Analista Editorial

César Eduardo Alejandro Uribe
Corrector

Elena Herrera Martínez
Vanessa Esquivel Cáceres
Diseñadoras Editoriales

$-\frac{13}{57}$



DÍA DE
CAMPO



mimich
e mima



20



TE QUEDARÁS
SIN AMIGOS
GRASIA, MIRELES



$-\frac{70}{13}$
 57



mimich
we mima



DÍA DE
CAMPO





Libros de la Anacahuita

El gran día se acercaba. Algo nuevo estaba a punto de suceder: un viernes cualquiera sería ahora un día de campo, el primero al que irían los niños de cuarto de primaria. Estaban emocionados porque cambiarían el pizarrón por el pasto recién cortado, de ese que pica cuando uno se acuesta sobre él. Eso era lo único en lo que pensaba Alex Morales un día antes de subir al camión amarillo que lo llevaría hasta aquella aventura, en ese momento él aún creía que se subiría...

ISBN 978-607-9000-21-9



9 786079 000219

5 de Mayo 975 Ote.,
Centro, Monterrey N. L., México
(81) 1233 1515
www.ieepcnl.mx